

13. Hogares y organización familiar

Georgina Binstock

Las estructuras de las familias son un rasgo distintivo de una sociedad; su composición y tamaño son el resultado de la interrelación de aspectos demográficos, sociales, económicos y culturales. Los cambios en las pautas de fecundidad, nupcialidad o estabilidad de las uniones, así como en la mortalidad y en la esperanza de vida, influyen en cómo se organizan y transforman los modos de vivir en familia (Wainerman y Geldstein, 1994; Geldstein, 2009).

También inciden los modelos culturales predominantes y socialmente aceptables. Como señala Jelin (2006), para el mundo occidental de los últimos siglos, la familia nuclear neolocal –caracterizada por un matrimonio monogámico con sus hijos– ha sido sinónimo de la “familia arquetípica” y, al mismo tiempo, la institución que ha regulado la convivencia, la sexualidad y la procreación. También se encuentra muy arraigado el modelo patriarcal, con una clara división de roles familiares basada en el género, donde el varón es el proveedor económico y la mujer quien está a cargo del cuidado doméstico y crianza de los hijos.

Más allá de los cuestionamientos que pueden hacerse sobre el real predominio que ha tenido este modelo tradicional de familia patriarcal –tanto en lo que atañe a su composición como a su dinámica–, sin dudas ha facilitado la invisibilización de otros modos de vivir en familia que no se reconocían como socialmente legítimos, tales como las uniones conyugales no matrimoniales consensuales, que podían incluir la tenencia y crianza de hijos. Esto abarca tanto a sectores rurales y pobres –entre quienes no era infrecuente esta modalidad de unión en el pasado–, como a parejas que disolvían su matrimonio y para las cuales –previo a la legislación del divorcio– la convivencia no matrimonial era la única opción de unión conyugal, ante la imposibilidad legal de volver a casarse. Se suma además el caso de las parejas o uniones entre personas del mismo sexo, que no eran reconocidas en la estructura familiar.

Los cambios en las últimas tres décadas han sido muy relevantes, sobre todo en lo referido a la formación y disolución familiar, lo que ha complejizado aún más las trayectorias de los individuos y de los hogares

y familias que estos forman. Por un lado, las parejas de las generaciones recientes eligen convivir sin casarse y, si se casan, lo hacen a edades más tardías. Por otro, la concepción y tenencia de hijos por fuera del matrimonio pasó de ser una práctica minoritaria, estigmatizada, a estar socialmente aceptada y legalmente equiparada, y en la actualidad es el contexto más frecuente en el que ocurren los nacimientos. La mayoría de ellos se da en el marco de convivencias consensuales, e incluso una proporción –también en aumento– ocurre entre mujeres sin pareja (Binstock y Cerrutti, 2016).

La mayor fragilidad de las uniones, coherente con una cultura que prioriza el bienestar individual, ha dado lugar a un escenario social en el que las familias monoparentales –en especial a cargo de mujeres– se han vuelto más frecuentes, y que ha posibilitado, a partir de la reincidencia matrimonial o conyugal, la formación de familias ensambladas. Además, la disolución conyugal propicia la formación de hogares unipersonales, sobre todo entre varones pero también entre mujeres, en mayor medida si no han tenido hijos. Por otra parte, la postergación para establecer una unión, en particular entre la población más educada y con mayores recursos, también propicia la formación de hogares independientes. Por último, el proceso de envejecimiento deriva asimismo en un mayor número de hogares unipersonales, con mayor frecuencia conformados por mujeres, dada su mayor supervivencia (Geldstein, 2009; Binstock, 2013).

Estos cambios han ampliado, en consecuencia, el abanico de familias; es decir, los tipos de hogares que forman y transitan los individuos a lo largo de su vida. Por una parte, las diversas preferencias y conductas en relación con los hogares, así como las posibilidades materiales de concretarlos, difieren según la posición social de las personas. Y, por otra, las desigualdades sociales tienen también su expresión territorial, lo que evidencia los heterogéneos niveles de desarrollo y de recursos, y por lo tanto de oportunidades que permitan plasmar las preferencias.

Existen numerosos antecedentes que han estudiado los modos de vivir en familia en el país, basados por lo general en datos censales y de encuestas de hogares (por ejemplo: Rechini de Lattes y Lattes 1975; Wainerman y Geldstein, 1994; Geldstein, 2009; Torrado, 2003; Binstock, 2013, entre otros). Estas fuentes de información, al igual que la ENES-Pisac, se aproximan al estudio de la familia a partir del hogar o unidad doméstica, definidos como un grupo de personas que convive bajo un mismo techo y comparte los gastos de alimentación y manutención. En la mayoría de los casos, los hogares se conforman por personas emparentadas. Sin embargo, existen otras definiciones de “familia”, más amplias y que enfatizan

no sólo lazos de consanguineidad sino también de reproducción, de cuidado y de vínculos económicos, aun cuando no se conviva en el mismo hogar (Wainerman y Geldstein, 1994; Geldstein, 2009; Jelin, 2006). En otras palabras, las personas entienden y definen a su familia a partir de otros criterios que no necesariamente se restringen a un lazo de parentesco y al hecho de compartir la vivienda y gastos de alimentación. Más aún, es probable que la enumeración y denominación acerca de quiénes componen una familia varíe de un miembro a otro al interior de esta, de acuerdo a cómo estos prioricen vínculos de interacción, reciprocidad y cuidado para su reproducción.

Los estudios basados en relevamientos censales y encuestas aportan una clara descripción y evolución de la estructura y características de los hogares en el país. Así, se han observado tres principales cambios durante las últimas tres décadas, sobre la base de los datos censales (Binstock, 2013). El primero es el incremento de hogares unipersonales (del 13 al 18%), a raíz del proceso de envejecimiento de la población y, por lo tanto, del incremento de adultos mayores que, en la medida de sus posibilidades, intentan mantener una residencia independiente. El segundo, un leve aumento de los hogares nucleares incompletos (es decir, monoparentales) en detrimento de los hogares nucleares completos. Y, por último, un incremento en la jefatura femenina (del 22 al 34%), en especial en los hogares en que reside una pareja con hijos (del 2 al 12%). Aun cuando la designación del jefe o jefa del hogar se da a partir del señalamiento de los miembros sin responder a una definición específica (como podría ser quien toma las decisiones o quien aporta más dinero), el incremento de la representación femenina refleja un cambio cultural y social sobre el rol de la mujer al interior de la familia.

Los estudios previos basados en encuestas de hogares, que permiten posicionar estos últimos dentro de la estructura social de acuerdo con sus ingresos per cápita, muestran diferencias importantes en su tamaño y composición: los hogares más pobres son más numerosos y, con mayor frecuencia, monoparentales y extendidos, mientras que los mejor posicionados son en gran medida unipersonales (Geldstein, 2009).

Cabe señalar que los cambios en la composición de los hogares nucleares durante las últimas tres décadas no resultan tan significativos, teniendo en cuenta las alteraciones familiares señaladas. Sin embargo, la información censal y de encuestas de hogares no permite descomponer y enumerar las distintas situaciones que puede albergar una misma categoría. Así, tanto un hogar compuesto por una pareja con hijos como uno constituido por una madre con su pareja e hijos son clasificados como

hogares nucleares completos, cuando uno representa el hogar arquetípico y otro, un hogar ensamblado. El estudio de la disolución conyugal y una de sus consecuencias directas, que es la formación de familias ensambladas, es una de las temáticas menos estudiadas, y ello se debe en parte a la falta de datos apropiados para hacerlo. Uno de los pocos antecedentes a nivel nacional es el estudio de Street (2005), quien estimó que, en 2001, el 5% de los núcleos conyugales completos eran familias ensambladas.¹

En este aspecto, la ENES-Pisac es una fuente de datos que permite la identificación y medición de los hogares con familias ensambladas, ya que cada para cada miembro encuestado se registra si vive o no con su padre y/o con su madre, lo que da pie para profundizar y complejizar el estudio de los hogares y familias.

El propósito de este capítulo es caracterizar cómo se componen los hogares argentinos, esto es, cuál es su tamaño, qué tipo de hogar forman (en función de la relación entre sus miembros), cuántos de ellos tienen como principal sostén a una mujer, y cómo estos arreglos varían por región y nivel socioeconómico. La clasificación del tipo de hogar, como se detalla más adelante, se basa en la tipología de uso más común, pero también se consideran los cambios conyugales que complejizan y diversifican la organización familiar. De esta manera, se identifican y clasifican los hogares considerando el vínculo legal de las parejas conyugales (si están casadas o unidas de forma legal). Asimismo, puesto que la encuesta permite identificar si los niños y adolescentes conviven con la madre y/o con el padre, se explora entre los hogares nucleares completos con hijos en cuántos de ellos reside una familia ensamblada. También se caracteriza la composición de los hogares unipersonales en relación con la etapa vital y género de sus miembros. La segunda parte se concentra en los hogares en que residen niños menores de 14 años, y sus diferencias de acuerdo con la región, ingresos y género del principal sostén. Por último, se vira el foco hacia los menores, para evaluar sus arreglos residenciales, es decir, en qué medida residen con ambos padres, o sólo con alguno de ellos.

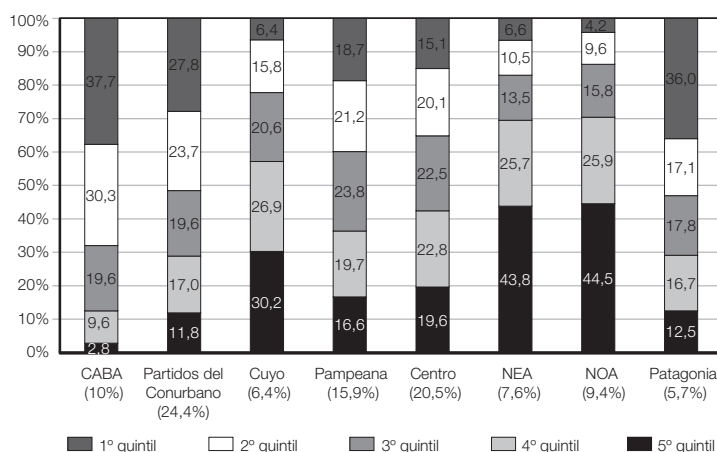
1 Otro antecedente más reciente, en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires (CABA) estima que para 2015 el 3,5% del total de hogares y el 6,8% de los hogares nucleares completos son ensamblados (Dirección General de Estadística y Censos, 2016).

HOGARES, REGIÓN Y ESTRATIFICACIÓN SOCIAL

Antes de ocuparnos de la composición de los hogares y las especificidades que engloba cada tipo, daremos cuenta brevemente del número de hogares en el país y de cómo se distribuyen por región y quintil de ingresos, para contextualizar la información del resto del capítulo.

A nivel nacional, siempre refiriéndonos al universo de localidades de 2000 o más habitantes, hay un total de 11 629 781 hogares, con una distribución regional muy dispar. El Gran Buenos Aires –GBA– (CABA y 24 partidos) concentra algo más de un tercio (el 10% en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires –CABA–, y el 24,4% en los partidos), seguida por la Región Centro (20,5%), Pampeana (15,5%), NOA (9,4%), NEA (7,6%), Cuyo (6,4%) y, por último, la Región Patagonia, con la menor proporción del total de hogares (5,7%).

Asimismo, cada región varía en la estructura de hogares de acuerdo con los quintiles de ingreso per cápita, lo que evidencia la desigualdad regional, como muestra el gráfico 13.1. En efecto, de existir una situación de igualdad, esto implicaría una distribución similar entre las regiones, con alrededor de un quinto de los hogares en cada quintil de ingresos. El escenario es claramente el opuesto. Por un lado, la CABA muestra una situación aventajada con relación al resto de las regiones, con un 10% de los hogares en el primer y segundo quintil de ingresos (en lugar de un 40%), y casi un 40% de los hogares ubicados en el quintil con los ingresos más elevados, lo que duplica el 20% esperable, de existir igualdad regional. Los partidos del Conurbano y la Región Patagonia tienen una estructura de hogares, en cuanto a su posición en los quintiles de ingreso, algo más aventajada que otras regiones, ya que cuentan con una proporción más baja de hogares en el primer quintil (entre el 12 y el 13%) y más alta en el quinto quintil (entre el 28 y el 36%). Las regiones Pampeana y Centro son las que tienen la distribución más uniforme, con alrededor del 20% de los hogares en cada quintil. Cuyo, y en particular NEA y NOA, en contraste, son las que tienen la frecuencia de hogares en situación de mayor vulnerabilidad, con entre el 30 y el 45% posicionado en el primer quintil de ingresos, y un 26% adicional en el segundo quintil, mientras que la proporción de hogares en el cuarto y quinto quintil varía entre el 14 y el 21%. En síntesis, existen importantes desigualdades regionales no sólo en el peso relativo de la cantidad de hogares, sino también en su composición de acuerdo con los ingresos.

Gráfico 13.1. Distribución de los hogares por región según quintil de ingresos

Fuente: Elaboración propia a partir de la base de datos de la ENES-Pisac.

Ahora bien, es factible conjeturar que las diferencias regionales en la composición de los hogares de acuerdo con quintiles de ingresos pueden ser explicadas –al menos parcialmente– por el peso diferencial que tienen los hogares pequeños y numerosos en cada una de las regiones. Para poder controlar dichas diferencias, el cuadro 13.1 focaliza en los hogares pequeños (uno o dos miembros), por un lado, y en los numerosos (cinco miembros o más), por el otro, y examina su distribución por quintil de ingreso en cada región. Los resultados muestran con claridad que las diferencias regionales persisten aun cuando se distingue por el tamaño del hogar. La CABA, seguida por las regiones GBA y Patagonia, son las zonas con distribución de hogares más aventajada en función de los quintiles de ingreso, tanto en los hogares pequeños como en los numerosos. En contraste, NEA y NOA tienen la proporción más baja de hogares con altos ingresos –aun entre los hogares pequeños– y la mayor en cuanto a hogares de bajos ingresos, en especial entre los numerosos. En otras palabras, las diferencias regionales en el tamaño de las familias no dan cuenta de que las regiones NEA y NOA tengan la mayor representación de hogares con menores ingresos.

Cuadro 13.1. Distribución de los hogares de 1 o 2 miembros, y de 5 o más miembros por región, según quintil de ingresos

Tamaño del hogar	Quintil	CABA	Partidos del Conurbano	Cuyo	Pampeana	Centro	NEA	NOA	Patagonia	Total país
1 o 2 miembros	1° y 2°	5,2	10,3	31,0	16,6	20,6	50,0	40,1	12,6	18,6
	3°	15,7	15,4	22,2	22,9	25,2	18,4	24,8	17,5	20,2
	4° y 5°	79,1	74,3	46,8	60,5	54,2	31,6	35,1	69,9	61,2
5 o más miembros	1° y 2°	44,0	58,4	87,3	77,6	77,3	86,8	92,5	54,3	74,4
	3°	29,2	22,6	9,8	14,8	12,8	8,2	5,6	16,0	14,4
	4° y 5°	27,0	19,0	2,9	7,6	9,9	5,0	1,9	29,7	11,2

Fuente: Elaboración propia a partir de la base de datos de la ENES-Pisac.

¿CÓMO SE COMPONEN LOS HOGARES ARGENTINOS?

El cuadro 13.2 presenta la distribución de cada tipo de hogar según datos de la ENES-Pisac. Para su clasificación, se empleó la tipología comúnmente utilizada en censos y otras encuestas similares, que distingue los hogares no familiares (unipersonales y multipersonales no familiares) de los familiares (los que a su vez se diferencian en nucleares, extendidos y compuestos, según incluyan o no otros miembros familiares y/o no familiares). Dada la escasa frecuencia de los hogares compuestos en la muestra (menos del 0,5%), se los categorizó junto a los extendidos. Asimismo, tanto a los hogares nucleares como a los extendidos y compuestos se los distinguió según tuvieran el núcleo conyugal completo (pareja o monoparental) o no, y según tuvieran o no tuvieran hijos. Esta clasificación se realiza sobre la base del vínculo de cada miembro que reside en el hogar con quien fue designado como el “principal sostén”.

Poco menos de uno de cada cuatro hogares (17,6%) son unipersonales, proporción similar a la registrada en el último censo de población. Dos de cada tres son nucleares, los que a su vez se dividen en nucleares completos –compuestos por una pareja e hijos, a los que se suele referir como “familia tipo” (38%)–, con pareja sola sin hijos (14%) y monoparentales (11%). La mayoría (84%) de los hogares monoparentales está a cargo de mujeres, ya que son quienes en general quedan conviviendo con los hijos tras una disolución conyugal (no se muestra en cuadros).

Los hogares extendidos, es decir, aquellos en los que además del núcleo familiar (completo o incompleto) conviven otros familiares, representan menos de un quinto del total, lo que demuestra que este arreglo familiar no es tan habitual como en otros países de la región.² Las circunstancias más comunes dentro de los hogares extendidos son las de parejas con hijos y los monoparentales que residen con otros familiares. Al igual que en los nucleares, los hogares extendidos monoparentales están en su mayoría a cargo de una mujer (80%, no se muestra en cuadros). Finalmente, los hogares multipersonales no familiares, es decir, los que se integran por miembros no emparentados, son muy poco frecuentes (0,3%).

GÉNERO Y PRINCIPAL SOSTÉN DEL HOGAR

El segundo panel del cuadro 13.1 muestra las estructuras familiares según el sexo del principal sostén del hogar. Esta figura, que en cierta forma se equipara a la que en otros relevamientos se denomina “jefe de hogar”, es designada de manera espontánea sin precisar una definición de lo que implica dicho rol.

Más de la mitad de los varones que son el principal proveedor encabezan hogares nucleares completos, es decir, de pareja e hijos. Le siguen en importancia los hogares unipersonales y los de pareja sin hijos. En el caso de aquellos cuyo principal proveedor es una mujer, en cambio, el 28% son unipersonales. Una proporción similar encabeza un hogar nuclear monoparental, a lo que debe adicionarse el 12% al frente de un hogar extendido monoparental. Sólo en el 16% de los hogares con jefatura femenina la mujer convive con una pareja. En otras palabras, en la mayoría de los hogares cuyo principal sostén es una mujer no hay presencia de pareja conyugal, ya sea porque son unipersonales o porque el núcleo se ha disuelto.

Un dato complementario para dar cuenta del rol de la mujer en la conformación de los hogares es el que determina cuántos del total están encabezados por una mujer. Algo más de uno de cada tres (35,7%) de los hogares argentinos tiene a una mujer como principal sostén (no se muestra en cuadro), cifra muy similar a la jefatura femenina obtenida

2 Como ya se especificó, esta categoría incluye también a los hogares compuestos, si bien son una pequeña minoría.

con los datos del censo 2010. Como es de anticipar, son los hogares con núcleo incompleto, ya sean nucleares o extendidos y compuestos, los que más a menudo tienen principal aporte femenino (entre el 80 y el 83%). La identificación de las mujeres que son principal sostén es menos frecuente cuando conviven con una pareja: alcanzan el 12% en los hogares de pareja con hijos y el 20% en aquellos de pareja sola (no se muestra en cuadros), proporciones similares a las obtenidas con el último censo en relación con la jefatura de hogar.

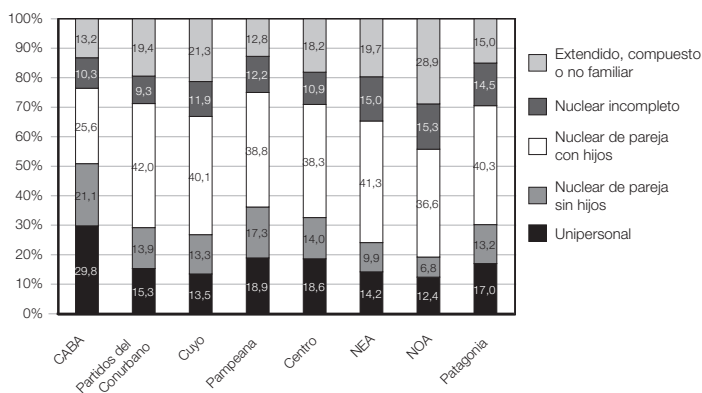
Cuadro 13.2. Distribución de los hogares según tipo por sexo del principal sostén del hogar

Tipo de hogar	Total	Principal sostén del hogar (PSH)	
		Varón	Mujer
Unipersonal	17,6	11,8	28,1
Nuclear sin hijos (pareja sin hijos)	14,1	17,5	8,0
Nuclear completo (pareja con hijos)	38,3	52,2	13,3
Nuclear incompleto (monoparental)	11,7	3,0	27,4
Extendido o compuesto por pareja sin hijos	1,2	1,3	1,0
Extendido o compuesto por pareja con hijos	6,9	8,9	3,3
Extendido o compuesto monoparental	5,5	1,7	12,2
Extendido o compuesto sin núcleo conyugal	4,3	3,2	6,3
Hogar no familiar	0,3	0,3	0,4
Total	100,0	100,0	100,0

Fuente: Elaboración propia a partir de la base de datos de la ENES-Pisac.

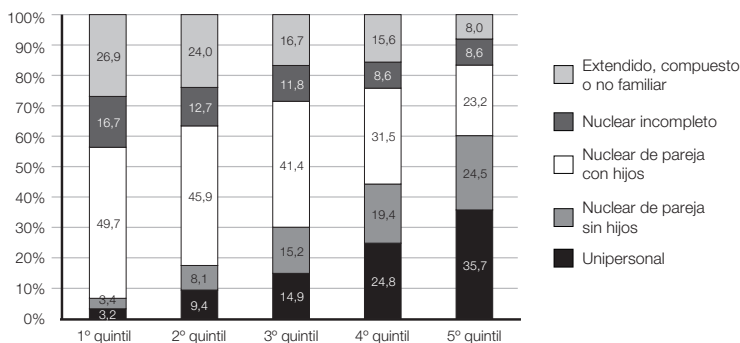
TIPO DE HOGAR: DIFERENCIAS REGIONALES Y ECONÓMICAS

La mirada regional muestra una relativa homogeneidad en las estructuras familiares, con dos claras excepciones. La primera es la CABA, con una presencia mayor de hogares unipersonales (30%) y aquellos conformados por una pareja sola (26%) y, por ende, menor peso relativo del resto de los hogares, en particular los nucleares completos y extendidos. La Región NOA, por su parte, se distingue del resto por su mayor peso relativo de hogares extendidos –en cualquiera de sus formas–, los que alcanzan el 30% del total, y por una baja proporción de hogares unipersonales y de pareja sin hijos (12 y 7%, respectivamente). Si bien con algunas variaciones, las otras regiones tienen una estructura bastante similar, como se observa en el gráfico 13.2.

Gráfico 13.2. Distribución de tipo de hogar por región

Fuente: Elaboración propia a partir de la base de datos de la ENES-Pisac.

Las variaciones según quintiles de ingreso per cápita, en cambio, son importantes, tal como se muestra en el gráfico 13.3. En los hogares más pobres (primer quintil) prevalecen los hogares nucleares con hijos (50%), seguidos por los extendidos (27%). La estructura se modifica conforme incrementan sus ingresos, y cobran importancia los hogares unipersonales y nucleares sin hijos, a expensas de los hogares nucleares completos y extendidos. La configuración de los hogares de mayores ingresos (quinto quintil) incluye más de un tercio de unipersonales (35%), un cuarto de nucleares sin hijos y una proporción similar de nucleares con hijos. En consecuencia, el peso de los hogares extendidos en este quintil es poco relevante (8%).

Gráfico 13.3. Distribución de tipo de hogar por quintil de ingresos per cápita del hogar

Fuente: Elaboración propia a partir de la base de datos de la ENES-Pisac.

UNA MIRADA AL INTERIOR DE LOS HOGARES NUCLEARES.

¿CUÁN “TÍPICOS” SON?

Como vimos, el 38% del total de los hogares son nucleares completos, es decir que están compuestos por una pareja e hijos. Esta es la conformación familiar prototípica, y dada su magnitud, tiene aún gran importancia en la estructura de los hogares argentinos. Ahora bien, la representación de lo que suele entenderse por “familia tipo” es una pareja legalmente casada –y, en lo posible, en primeras nupcias– con hijos propios de la pareja. Pero en la actualidad, teniendo en cuenta las transformaciones relacionadas con la formación y disolución familiar, son variadas las alternativas que pueden catalogarse como un hogar nuclear con hijos. Este incluye, por un lado, a parejas que conviven en unión así como en matrimonio, y con hijos que sean fruto de esa relación o de otras anteriores. Como se dice de modo habitual, este tipo de hogar puede incluir “los tuyos, los míos, y los nuestros” en lo que se refiere a la filiación de los hijos. También puede incluir parejas del mismo sexo, que estén o no casadas de manera legal. En síntesis, existe una amplia variedad de formas y arreglos familiares que pueden agruparse bajo esta categoría y que –en cierto modo– dificultan su visibilización.

Es por ello que nos abocamos a un examen detallado del conjunto de hogares formados por una pareja e hijos, en relación con el vínculo legal de la unión conyugal y con la filiación de los hijos. Los resultados revelan datos muy interesantes. Alrededor de dos tercios de las parejas están casadas mientras que las restantes se encuentran unidas. Esto, a su vez, encubre dos patrones generacionales bien diferenciados: casi la mitad de los hogares biparentales son de parejas jóvenes³ casadas y con hijos, mientras que esta proporción aumenta al 80% entre los hogares nucleares con hijos, formados por parejas adultas (no se muestra en cuadros). Estas tendencias son el resultado del incremento en la preferencia por convivir de manera consensual –por sobre la convivencia matrimonial– como vía de entablar una unión, así como de la pérdida de la institución matrimonial como el único entorno adoptado y socialmente aceptado para la concepción, tenencia y crianza de hijos.

Estos cambios, sumados a la creciente fragilidad de las uniones conyugales, propician un escenario de multiplicidad de conformaciones familiares que también incluyen uniones de segundo o mayor orden (para

3 Se trata de aquellas en las que el principal sostén del hogar tiene menos de 40 años.

uno o ambos miembros de la pareja) y la convivencia con hijos propios o de la pareja. En este sentido, la encuesta permite recomponer si cada persona vive con la madre y/o con el padre, y profundizar así sobre la frecuencia de las distintas modalidades de hogares nucleares con hijos, es decir, distinguir cuántos de ellos son ensamblados –definidos por la presencia de algún hijo que conviva con uno de sus padres y su pareja–. Varios son los perfiles que puede adoptar un hogar conyugal: pareja con hijo sólo de uno de los padres, proveniente de una unión anterior; pareja con hijo sólo de uno de los padres, proveniente de una unión anterior, más al menos un hijo de ambos miembros de la pareja; o bien, pareja con hijos propios más hijos de cada miembro de la pareja, provenientes de uniones previas.

El análisis revela que en nueve de cada diez hogares nucleares completos vive una pareja con hijos de ambos cónyuges, lo que se determina un hogar tradicional tipo, mientras que uno de cada diez son hogares ensamblados (no se muestra en cuadros). Si se cuantifican estos últimos en el total, representan el 3,9% (no se muestra en cuadros).

En cuanto a su composición, los hogares ensamblados se dividen, como es de esperar, casi en similar proporción entre parejas que viven con hijos sólo de la madre y aquellas que lo hacen con algún hijo de la madre y otro de ambos miembros de la pareja, hallazgo similar al obtenido para la CABA en 2015 (Dirección General de Estadística y Censos, 2016). La modalidad de “los tuyos, los míos y los nuestros” tiene una ínfima incidencia. Esto no sorprende porque, para que ocurra, debe primero cumplirse que un padre quede a cargo de un hogar monoparental (con hijos propios), lo que no es muy usual en nuestro país. Luego debería ocurrir que dicha persona formara pareja con una mujer que tuviera hijos anteriores, y que luego tuvieran hijos comunes. Ello no implica que, en la dinámica cotidiana de las familias, este tipo de interacciones y vínculos entre familias no se haya incrementado, aunque no se llega a reflejar en las estadísticas, dado que no hay una convivencia permanente.

La proporción de los hogares ensamblados en relación con los nucleares completos parece contraintuitivamente baja, teniendo en cuenta la percepción social relativa a su expansión, sobre todo en determinados sectores sociales o grandes centros urbanos. Los resultados muestran que en la Argentina de hoy todavía prevalecen los hogares típicos y que los relevamientos generales, como la ENES-Pisac, no son todavía adecuados para un estudio en profundidad de las familias u hogares ensamblados.⁴

4 En este caso, la medición se realizó en familias con hijos de hasta 14 años.

Para ello serán necesarios estudios específicos (o que contemplen una sobrerrepresentación muestral que permita una suficiente cantidad de casos para su análisis).

Como se anticipó, son pocos los antecedentes en el país (y no directamente comparables) que han cuantificado a las familias ensambladas, y sus resultados son consistentes con los que arroja la ENES-Pisac (véanse Street, 2005; Dirección General de Estadística y Censos, 2016). En la CABA, por ejemplo, se estima que en la actualidad representan el 3% del total de los hogares, y el 6,8% de los hogares nucleares completos, tomando en cuenta hogares con hijos de hasta 25 años (Dirección General de Estadística y Censos, 2016).

Por otra parte, el 14% de los hogares se componen de una pareja sola sin hijos. En este caso, tres de cada cuatro de ellos están formados por una pareja adulta (con el principal proveedor mayor de 40 años), en su mayoría casada (85%). Son en general parejas cuyos hijos ya han formado un hogar independiente o que no han tenido hijos. Sólo uno de cada cuatro de estos hogares lo integran parejas jóvenes (con el principal proveedor menor de 40 años) que aún no han tenido descendencia. En este caso, las que se encuentran casadas son una minoría (30%), lo que refleja una vez más los cambios familiares y la expansión de las uniones no matrimoniales. En tanto, la mayor frecuencia de uniones matrimoniales entre las parejas jóvenes con hijos, en comparación con aquellas que aún no los han tenido, sugiere que muchas optan por legalizar sus uniones luego de haber sido padres.

La última categoría dentro de los hogares nucleares refiere a los monoparentales, que representan uno de cada diez hogares del país (11%). En la mayoría de los casos (84%), se trata de hogares con progenitor femenino (no se muestra en cuadros) que queda a cargo del hogar tras una disolución conyugal.

Cabe señalar que las circunstancias más comunes dentro de los arreglos extendidos son las de parejas con hijos, y monoparentales que residen con otros familiares. Al igual que en el caso de los hogares nucleares, los hogares extendidos monoparentales están en su mayoría a cargo de una mujer (80%, no se muestra en cuadros). También se reiteran las preferencias de la unión libre entre las parejas jóvenes y el matrimonio entre las adultas, en aquellos tipos que incluyen el núcleo completo.

La última dimensión contemplada en cuanto a la composición de los hogares fue la presencia de parejas del mismo sexo. En este caso, se restringió la mirada a los hogares nucleares o extendidos con presencia de principal sostén y cónyuge; entre ellos, se encontró un 1% de parejas del mismo sexo. Tres de cada cuatro de estas parejas están formadas por mu-

jeros, si bien es importante alertar que dada su baja magnitud el margen de error puede ser muy amplio.

CARACTERÍSTICAS DE LOS HOGARES UNIPERSONALES

Los hogares unipersonales han pasado a tener mayor relevancia en las últimas décadas,⁵ como resultado de diversos factores demográficos, culturales, sociales y económicos. Sin duda, uno de los principales motivos es el aumento en la esperanza de vida que, en conjunto con la instaurada preferencia por hogares nucleares, derivó en que la población adulta mayor mantenga una residencia independiente, en la medida en que la situación económica lo permita. Asimismo, dada la mayor sobrevivencia de las mujeres, es de esperar que entre los hogares unipersonales de adultos mayores prevalezcan los femeninos.

Por otra parte, tanto la postergación de la formación familiar como la mayor fragilidad de las uniones conyugales pueden incidir en la conformación de este tipo de hogares. Esto se observa, por ejemplo, con mujeres o varones jóvenes que quieren independizarse del hogar familiar –y pueden costearlo económicamente– para vivir una etapa por su cuenta, sin conformar una pareja conyugal. O bien, con parejas conyugales que no tienen hijos y, al disolver la relación, pasan a conformar dos hogares unipersonales. También, entre las parejas con hijos que se separan, al ser en general la mujer quien queda conviviendo con los hijos –como vimos–, el varón es quien pasa a constituir un hogar unipersonal, en caso de poder costearlo.

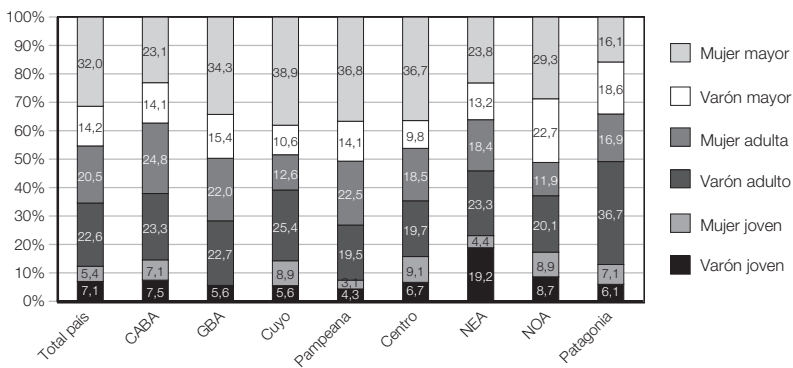
Así pues, son muchas y variadas las circunstancias que pueden dar lugar a un hogar unipersonal. En el apartado previo analizamos la proporción de hogares, su variación regional y estrato social. En esta sección apuntamos al interior de ellos para examinar cómo se componen, a partir de seis categorías que combinan el sexo y el grupo etario, distinguiendo jóvenes (hasta 30 años), adultos (entre 31 y 64 años) y mayores (65 o más años).

Como muestra el gráfico 13.4, algo menos de la mitad de los hogares del país (46%) está compuesto por personas de 65 o más años, y aquellos encabezados por mujeres –como era de suponer– representan poco más

5 Así lo muestra la evolución de su peso sobre la base de datos censales en las últimas tres décadas (Binstock, 2013).

del doble que los encabezados por varones. Una proporción significativa de los hogares unipersonales (42%) están conformados por personas adultas y, en contra de lo esperado, es casi equitativo el número entre los formados por varones y aquellos formados por mujeres. Sólo el 12% de los hogares unipersonales se conforman por jóvenes y, entre estos, son más frecuentes los integrados por varones. Pero en conjunto, casi seis de cada diez hogares unipersonales (57%) están compuestos por mujeres.

Gráfico13.4. Distribución de los hogares unipersonales según sexo y grupo etario por región



Fuente: Elaboración propia a partir de la base de datos de la ENES-Pisac.

En cuanto a las diferencias regionales, se destacan NEA y Patagonia, con una menor representación de hogares unipersonales femeninos (entre el 40 y el 46%) y de hogares con adultos mayores (entre el 35 y el 37%), en comparación con el resto. En las regiones de Cuyo, Pampeana y GBA la mitad de los hogares unipersonales están compuestos por adultos mayores de 65 años. También se destacan los partidos del Conurbano, por el bajo peso que tienen los hogares unipersonales de jóvenes menores de 30 años.

TAMAÑO DE LOS HOGARES

El tamaño promedio de los hogares es de 3,2 miembros, número apenas más bajo que los 3,3 estimados en el censo nacional de población de 2010.

En cuanto a su distribución, ya vimos que el 17% de los hogares tiene un solo miembro, y el 43%, entre 2 y 3. Por lo tanto, seis de cada diez ho-

gares tienen un máximo de 3 miembros mientras que, en el otro extremo, sólo uno de cada diez tiene 6 o más miembros. En este último caso, se trata mayormente de hogares de 6 miembros y, en menor medida, de 7 miembros. Los hogares con 8 o más miembros son una minoría (2,5% del total).

Si se tiene en cuenta el tamaño promedio de los hogares, las variaciones regionales van de un mínimo de 3 miembros en la CABA y en la Región Pampeana, a un máximo de 3,9 miembros en NOA. Como refleja el cuadro 13.3, estas diferencias están estrechamente vinculadas con el peso relativo de los hogares con 1 o 2 miembros y de aquellos numerosos. En la CABA y en la Región Pampeana, alrededor del 44% de los hogares tiene entre 1 y 2 miembros, y sólo el 7% tiene 6. En la Región NOA, en cambio, las proporciones para esto mismo son del 29 y el 19%.

Cuadro 13.3. Tamaño promedio del hogar y distribución de la cantidad de miembros por región, por quintil de ingresos per cápita del hogar y por sexo del PSH

	Cantidad de miembros en el hogar							Total
	Promedio	1	2	3	4	5	6 y más	
Total	3,2	17,6	22,9	19,9	18,7	10,8	10,1	100,0
Región								
GBA	3,0	19,5	24,3	19,4	19,4	10,0	7,5	100,0
Cuyo	3,5	13,5	20,7	19,9	18,8	14,9	12,2	100,0
Pampeana	3,0	18,9	25,7	21,3	16,9	9,9	7,2	100,0
Centro	3,2	18,6	23,5	19,5	18,4	9,5	10,5	100,0
NEA	3,6	14,2	19,3	20,2	18,5	12,2	15,6	100,0
NOA	3,9	12,4	16,7	19,2	17,7	14,5	19,5	100,0
Patagonia	3,2	17,0	21,9	20,9	21,6	10,5	8,1	100,0
Quintil de ingresos								
Primer quintil	4,7	3,5	9,3	16,2	20,8	20,2	30,0	100,0
Segundo quintil	3,7	10,3	16,2	20,7	25,9	13,6	13,3	100,0
Tercer quintil	3,0	16,1	25,8	24,3	19,2	10,3	4,4	100,0
Cuarto quintil	2,6	26,4	29,1	20,6	14,9	6,1	2,8	100,0
Quinto quintil	2,1	37,7	32,9	16,4	10,5	2,1	0,4	100,0
Sexo del PSH								
Varón	3,4	13,0	21,2	20,8	21,6	12,4	11,0	100,0
Mujer	2,8	28,9	25,4	17,7	12,5	7,1	8,5	100,0

Fuente: Elaboración propia a partir de la base de datos de la ENES-Pisac.

Las diferencias se acrecientan cuando se contempla el quintil de ingresos del hogar. Los del primer quintil (es decir, aquellos con los menores

ingresos promedio per cápita) tienen un promedio de 4,7 miembros; en una alta proporción son hogares con 6 o más miembros, y hay en cambio muy baja presencia de hogares unipersonales.

El tamaño promedio del hogar disminuye conforme se incrementan los ingresos per cápita, y alcanza a 2,1 miembros en los hogares del quinto quintil, es decir, aquellos con mayores ingresos (cuadro 13.3). En este caso, se observa una alta presencia de hogares unipersonales y de aquellos con 2 miembros, mientras que casi no se registran hogares con 4 o más miembros. En síntesis, el tamaño promedio de los hogares más pobres duplica y sobrepasa el de los de mayores ingresos.

Los hogares con PSH varón son en promedio más numerosos que aquellos encabezados por mujeres (3,4 contra 2,8 miembros). Como se deduce por la distribución del número de miembros, una de las razones es el mayor peso relativo que tienen los hogares unipersonales entre las mujeres. En este sentido, si se contemplan sólo los hogares multipersonales, la brecha en el tamaño promedio de los hogares encabezados por unos y otras se reduce de forma significativa (3,8 contra 3,5, respectivamente).

¿CÓMO Y CON QUIÉN VIVEN LOS NIÑOS?

Esta sección se focaliza en la situación de los niños de entre 0 y 14 años y, específicamente, en examinar si viven con su madre y/o con su padre. Para poner dicha información en contexto, el cuadro 13.3 muestra la proporción de hogares multipersonales en los que reside al menos un menor. En más de la mitad de estos hogares (53,7%) reside al menos un niño menor de 15 años, con importantes diferencias según la región: en la CABA, ese índice se reduce a algo más de un tercio de los hogares, mientras que en NEA y NOA supera el 60%, y en el resto de las regiones alcanza a un poco más de la mitad de hogares.

Las diferencias también emergen cuando se considera el quintil de ingresos per cápita del hogar. La proporción de hogares con niños es del 80% en el primer quintil y disminuye sostenidamente conforme se incrementan los ingresos, hasta alcanzar el 24% entre los hogares del quinto quintil. No se observan diferencias significativas con relación al sexo del principal sostén del hogar. Tanto esté encabezado por unos u otras, reside al menos un menor en alrededor de la mitad de los hogares.

Cuadro 13.4. Distribución de hogares multipersonales según presencia de menores de entre 0 y 14 años por región, quintil de ingresos y sexo del principal sostén del hogar

	Presencia de niños de 0 a 14		
	Sí	No	Total
Total	53,4	46,6	100,0
Región			
CABA	36,8	63,2	100,0
Partidos del Conurbano	54,0	46,0	100,0
Cuyo	55,7	44,3	100,0
Pampeana	53,6	46,4	100,0
Centro	51,9	48,1	100,0
NEA	60,8	39,2	100,0
NOA	61,5	38,5	100,0
Patagonia	57,7	42,3	100,0
Quintil de ingresos			
Primer quintil	80,3	19,7	100,0
Segundo quintil	66,0	34,0	100,0
Tercer quintil	47,3	52,7	100,0
Cuarto quintil	37,8	62,2	100,0
Quinto quintil	23,8	76,2	100,0
Sexo del PSH			
Varón	55,1	44,9	100,0
Mujer	51,0	49,0	100,0

Fuente: Elaboración propia a partir de la base de datos de la ENES-Pisac.

Virar el foco de los hogares hacia los niños permite ilustrar con mayor facilidad lo que significan algunas de las diferencias señaladas. Tal vez una de las principales sea en qué categoría de hogares, según quintil de ingresos, viven más niños. A nivel nacional, el 45% de los menores de 15 años viven en hogares del primer quintil de ingresos per cápita, y un 26% adicional en los del segundo quintil. En el otro extremo, sólo el 5% vive en los hogares con los ingresos per cápita más elevados.

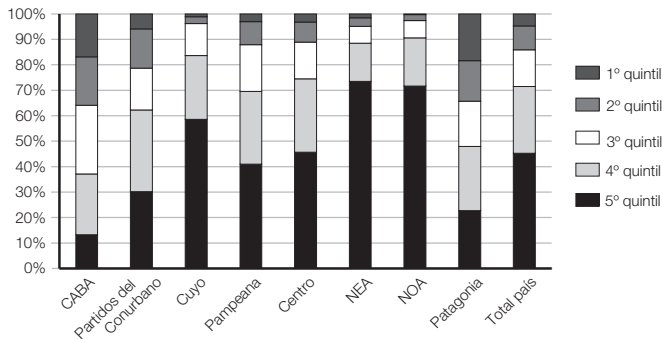
Ahora bien, estos promedios nacionales ocultan la amplia disparidad a nivel regional, como se evidencia en el gráfico 13.5. Así, mientras que en la CABA y en la Región Patagonia entre el 13 y el 22% de los niños vive en hogares del primer quintil, en los partidos del Conurbano, las regiones Pampeana y Centro esta misma situación alcanza al 30% y al 45% –respectivamente–, en Cuyo supera el 60% y en NEA y NOA, el 70%.

En cuanto al dato de con quién conviven los niños, alrededor de 2 de cada 3 lo hace con su madre y su padre y, como muestra el gráfico 13.6, no se observan diferencias muy significativas según la edad del niño. El

resto vive sólo con su madre (entre el 25 y el 27%). La mitad de estos últimos lo hace en un hogar monoparental, y sólo una minoría convive con la pareja de la madre, lo que es consistente con la baja prevalencia de hogares ensamblados. Por último, y como refleja el gráfico, entre el 1,5 y el 3% de los niños no vive con ninguno de sus progenitores.

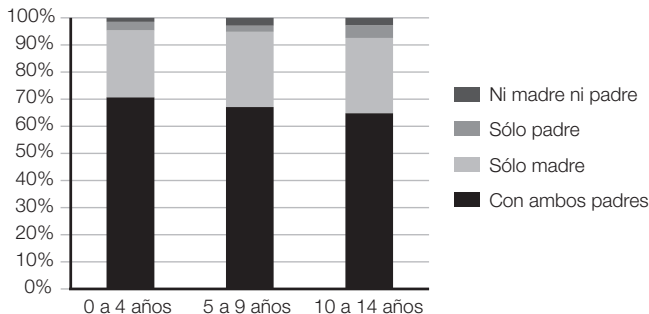
Un análisis similar, sobre la base de la encuesta de condiciones de vida realizada en el año 2001, arrojó que la proporción de menores que vivía con ambos padres era bastante mayor (76%) (Street, 2005), lo que concuerda con el incremento de la inestabilidad conyugal y de los nacimientos por fuera de una unión.

Gráfico 13.5. Distribución de los niños y adolescentes menores de 15 años según quintil de ingresos del hogar en el que residen, por región



Fuente: Elaboración propia a partir de la base de datos de la ENES-Pisac.

Gráfico 13.6. Niños de 0 a 14 años, según convivencia con padre y madre



Fuente: Elaboración propia a partir de la base de datos de la ENES-Pisac.

Atendiendo a las diferencias por región, en NEA y NOA se advierten las proporciones más bajas de menores que residen con ambos padres (62%), mientras que en el resto de las regiones estas oscilan entre el 67 y el 70%.

Las disparidades, de acuerdo con la posición del hogar en los quintiles de ingreso, son bien marcadas: en los hogares con menos ingresos (primer y segundo quintil), el 64% de los menores vive con ambos padres, mientras que en los quintiles más acomodados el registro aumenta al 75%, hecho que muestra, una vez más, las desigualdades familiares y las derivaciones que estas tienen en las oportunidades para los niños y adolescentes. Pero, al mismo tiempo, esto también evidencia que los niños de todos los estratos económicos han sido sujetos de la inestabilidad conyugal y la división de sus hogares. En efecto, la proporción de niños que residen con ambos padres en 2001 era del 72% en los hogares con ingresos per cápita más bajos, y del 82% en los del otro extremo (Street, 2005).

CONCLUSIONES

Este capítulo utiliza datos recientemente recolectados y disponibles de forma pública para caracterizar el tamaño, composición y características de los hogares argentinos y sus diferencias, de acuerdo al género del principal sostén, la región y la posición en la estructura de ingresos (a partir de quintiles de ingresos promedio per cápita).

Los resultados muestran una estructura de los arreglos residenciales similar a la obtenida a partir de los datos del censo, con un 17% de hogares unipersonales y el resto en su mayoría nucleares, en sus diferentes modalidades. Los hogares extendidos y compuestos representan alrededor de un quinto de los hogares. En relación con la tipología de hogar, no se observan grandes diferencias a nivel regional, pero sí de acuerdo al quintil de ingresos y al sexo del principal sostén (o, como se lo denomina en los relevamientos censales y de encuestas de hogares, “jefatura de hogar”).

Los datos de la ENES-Pisac permiten la identificación de hogares ensamblados, que representan el 3,8% del total y uno de cada diez de los hogares conyugales completos. A diferencia de lo que suele pensarse en relación con la notable expansión de esta modalidad, los hogares nucleares arquetípicos continúan siendo la conformación más frecuente. Sin embargo, la disolución conyugal y la frecuencia de hogares monoparentales a cargo de madres, así como de los unipersonales de hombres adultos jóvenes, implican que los ensamblados sigan en aumento.

Alrededor del 1% de los hogares están formados por parejas conyugales del mismo sexo, la mayoría entre mujeres –si bien, dada su baja incidencia, este dato debe interpretarse con cautela–.

Uno de cada tres hogares está encabezado por mujeres, y como es de suponer, estos difieren mucho según el tipo de hogar: los más frecuentes son los unipersonales y, fundamentalmente, aquellos con núcleo conyugal incompleto.

En lo que refiere al tamaño, los hogares tienen un promedio de 3,2 personas. Aquellos con PSH varón son en promedio más grandes que los encabezados por mujeres, debido a la mayor incidencia de hogares unipersonales femeninos. Pero si se toma en cuenta sólo el tamaño promedio de los hogares multipersonales, los encabezados por varones tienen un promedio similar al de los encabezados por mujeres. Uno de cada diez hogares tiene 6 o más miembros, y alrededor del 17%, un único miembro, con importantes desigualdades según la posición económica.

A nivel nacional, algo menos de la mitad de los hogares unipersonales (46%) está compuesto por personas de 65 o más años, y aquellos femeninos representan poco más del doble que los masculinos. Las diferencias regionales también son importantes: se destacan las regiones NEA y Patagonia, con una menor representación de hogares unipersonales femeninos y de hogares con adultos mayores, en comparación al resto de las regiones.

En más de la mitad de los hogares multipersonales reside al menos un niño menor de 15 años; y NOA y NEA, en tanto, son las regiones con mayor proporción de hogares con menores. Alrededor de tres de cada cuatro niños vive con ambos padres. Como consecuencia de la inestabilidad conyugal, la proporción de niños que no vive con ambos padres ha aumentado en la última década y en todos los sectores sociales, si bien es más frecuente en los de menores ingresos.

La ENES-Pisac constituye una importante fuente para examinar y caracterizar las estructuras familiares que predominan en la Argentina actual, y aporta elementos que hasta ahora no estaban disponibles para estudiar las nuevas modalidades de vivir en familia. Si bien estas siguen teniendo una baja incidencia en la estructura social, han aumentado en la última década y media, sobre todo en lo que respecta a las rupturas conyugales y sus consecuencias residenciales, económicas y afectivas, tanto para la pareja como para los hijos involucrados.

Dada la amplitud de dimensiones que abarca la encuesta, se ha expandido el abanico de dimensiones para profundizar y explorar sobre los vínculos de la estructura y conformación de los hogares y sobre otros aspectos de la dinámica familiar, social y económica. Esto, tanto a nivel

agregado como en relación con el bienestar de grupos específicos –tales como los niños y adultos mayores–, los cuales se abordan en otros capítulos de este volumen.

REFERENCIAS

- Binstock, G. (2013), “Avatares de las familias argentinas. Evidencias a partir del censo 2010”, *Población*, 6(10): 25-33.
- Binstock, G. y M. Cerrutti (2016), “Población y estructura social”, en G. Kessler (comp.), *La sociedad argentina hoy*, Buenos Aires, Fundación OSDE - Siglo XXI.
- Dirección General de Estadística y Censos, Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires (2016), *Las nuevas realidades familiares de la Ciudad de Buenos Aires. Año 2015. Informe de Resultados 1085*, disponible en <www.estadisticaciudad.gob.ar>.
- Geldstein, R. N. (2009), “Cambios en las estructuras familiares, particularmente en el número de miembros activos e inactivos”, en M. J. Moreno y E. A. Pantelides (eds.), *Situación de la población en la Argentina*, Buenos Aires, PNUD - Unfpa, pp. 134-153.
- Jelin, E. (2006), *Pan y afectos. La transformación de las familias*, Buenos Aires, FCE.
- Recchini de Lattes, Z. y A. Lattes (comps.) (1975), *La población de Argentina*, Buenos Aires, Indec.
- Street, M. C. (2005), “Las familias ensambladas en la Argentina hacia el año 2001. Descubriendo los ‘tuyos, los míos y los nuestros’”, ponencia presentada en las VIII Jornadas Argentinas de Estudios de Población, Tandil, 12-14 de octubre.
- Torrado, S. (2003), *Historia de la familia en la Argentina moderna (1870-2000)*, Buenos Aires, De la Flor.
- Wainerman, C. H. y R. N. Geldstein (1994), “Viviendo en familia. Ayer y hoy”, en C. Wainerman (comp.), *Vivir en familia*, Buenos Aires, Unicef - Losada, pp. 183-235.